

nos estén educadas para dominar y labrar la materia, poseerá la Tierra.»

Hay en el Génesis un versículo miraculoso y santo, donde se atribuye al poder de la divina palabra la creación del mundo.

Pero hay, entre los mitos griegos, una fábula más real y más humana: la de aquel gigante que aguantaba la Tierra con los hombros y con las manos.

E. MARQUINA

Paris, Abril, 1905.

Saliendo de la esclavitud...

Brooker T. Washington

☞ CAPÍTULO I.—ESCLAVO
ENTRE LOS ESCLAVOS. ☞

Nací esclavo en una *plantación* del condado de Franklin, en la Virginia. No estoy completamente seguro del lugar ni de la fecha exacta de mi nacimiento; pero, es indudable que debí de nacer en alguna parte y en un momento dado. Por lo que me ha sido posible averiguar, debí de nacer próximo á la Casa-correo de un arrabal llamado el Fuerte de Hale, por los años 1858 ó 1859. Ignoro el mes y el día. Los primeros recuerdos que puedo evocar se relacionan con la plantación y el barrio de los esclavos, ó sea la parte de la plantación en que los esclavos tenían sus viviendas. Mi vida comenzó en el medio más miserable, más descorazonador y más triste que pueda imaginarse. Y esto no porque mis amos fueran extraordinariamente crueles: en comparación con los otros, no lo eran. Yo nací en una

verdadera choza de madera que medía catorce por dieciséis pies de superficie y habité en esta choza con mi madre, mi hermano y mi hermana hasta después de la guerra civil, época en la cual todos fuimos declarados libres.

No sé casi nada de mis antepasados. Cuando estaba en mi barrio de los esclavos, y más tarde también, oía citar, á medias palabras, en las conversaciones de los negros, las torturas que los esclavos, entre los que deberían hallarse mis abuelos por parte de madre, habían tenido que soportar en el barco donde se les conducía de África á América. Me ha sido imposible recoger ningún dato positivo sobre la historia de mi familia, anterior á mi madre. Recuerdo que ésta tenía hermanastro y hermanastra. En los tiempos de la esclavitud no se concedía mucha importancia á la historia genealógica y á los anales de una familia — quiero decir de una familia de negros. — Supongo que mi madre debió llamar la atención de algún comprador que, por esta causa, pasó á ser su propietario y el mío. Su entrada en la tropa de esclavos debió revestir aproximadamente la misma importancia que la compra de un caballo ó de una vaca. De mi padre tengo todavía menos noticias que de mi madre. Ni tan siquiera conozco su nombre. He oído decir que era un blanco habitante en una de las plantaciones vecinas. Lo cierto es que nadie me ha dicho que manifestara por mí el más mínimo interés, ni que, en modo alguno se preocupara por subvenir á mi educación. No se lo echo en cara. Era también una víctima infortunada de la institución que el pueblo americano había introducido tan desdichadamente en su organismo social.

Nuestra choza no nos servía exclusivamente de vivienda: era además la cocina de la plantación. Mi madre coci-

naba. La choza no tenía ventanas; no tenía más que dos aberturas practicadas en los costados, por las que entraba la luz y, á la vez el viento frío y glacial del invierno. También había una puerta, ó, hablando con propiedad, alguna cosa que se llamaba puerta; pero los goznes mal ajustados sobre los giraba y las anchas grietas que la hendían, sin contar con su pequeñez exigua para el marco, hacían de nuestra choza un lugar muy poco confortable. Aparte de estas tres aberturas había, en un rincón, el «agujero de los gatos», abertura practicada en el muro, que toda casa ó choza de la Virginia poseía en el período anterior al de la guerra.

El «agujero de los gatos» ó «gatera» era una abertura cuadrada, de unas siete á ocho pulgadas que permitía entrar y salir á los gatos por la noche. En nuestro caso particular, jamás comprendí la necesidad de semejante máquina, toda vez que había, en la choza, por lo menos media docena de agujeros que habrían podido utilizarse para el mismo fin. En nuestra choza no había embaldosado: la tierra lo suplía. En el centro de este pavimento natural había un agujero ancho y profundo donde se guardaban las patatas en invierno. El «hoyo de las patatas» ha quedado netamente grabado en mi memoria, porque recuerdo que, cuando las guardaban ó cuando las sacaban de él, había logrado, más de una vez, apoderarme de un par, que cocía en el rescoldo para regalarme con ellas. No había horno en la plantación y mi madre tenía que cocinar para los blancos y para los esclavos sobre un fuego abierto, en pucheros y cazuelas. De modo que si el frío, en invierno, era azote de la choza mal construída, en verano, el calor del hogar no era mucho más soportable. Mis primeros años de infancia, pasados en la reducida choza, no difieren gran cosa de los de los otros esclavos. Como es natu-

ral, mi madre no podía consagrar á sus hijos más que cortísimos instantes y aprovechaba, para estar con nosotros, algunos minutos por la mañana, antes de comenzar su trabajo y algunos por la tarde, cuando su jornada había terminado.

Uno de mis recuerdos más antiguos me representa á mi madre, ya tarde, á la noche, haciendo cocer un pollo, y despertando gozosa á sus hijos para dárselo á comer. Ignoro cómo y dónde lo habría encontrado. De todos modos supongo que procedería del corral de nuestro propietario. Algunos podrán llamar á esto un robo. Hoy mismo, yo lo condenaría con ese nombre. Pero aconteciendo el hecho en la época indicada y sin otro fin que el de alimentar á sus hijos ¿quién podrá hacerme creer que mi madre se hizo culpable de un crimen? Era simplemente una víctima del sistema de la esclavitud.

No recuerdo haber dormido en cama, antes de proclamarse la emancipación que libertaba á mi familia. Eramos, en la choza, tres niños: Juan, mi hermano mayor, Amanda, mi hermana y yo, y nos acostábamos en el duro suelo, en un jergón ó, hablando con mayor exactitud, en un montón de trapos sucios echados por tierra.

Alguien me ha pedido, no hace mucho tiempo, que hablara de los juegos y diversiones de mi infancia. Antes de que se me hiciera esta petición, nunca se me había ocurrido la posibilidad de dedicar al juego ningún momento de mi vida. Por mucho que ahonde en mi memoria, cada instante de mi vida se me representa ocupado en alguna labor determinada y, sin embargo, creo que sería actualmente un hombre más útil si, cuando era pertinente, hubiera podido conceder á los juegos el tiempo necesario. En los tiempos de la esclavitud, era yo demasiado niño para que pudieran ocuparme en una

faena fija. A pesar de esto, me empleaban casi siempre, en limpiar los patios, llevar el agua á los trabajadores de los campos ó ir hasta el molino, una vez por semana, para transportar el trigo que debía molerse. El molino se hallaba situado á unas tres millas de la plantación. Esta era la más temida de todas mis obligaciones. El pesado saco de trigo iba atravesado en el lomo de un caballo de modo que quedara igual cantidad á ambos costados; pero acontecía casi siempre que el saco resbalaba hasta destruirse el equilibrio y caer del caballo. Algunas veces me caía yo también. Como no tenía la fuerza suficiente para volver á colocar el saco sobre el caballo, me veía obligado á quedarme esperando horas y horas que viniera algún caminante á sacarme del apuro. Y las horas trascurridas en semejante espera, las invertía de ordinario en llorar amargamente.

Habiendo perdido el tiempo de este modo, llegaba al molino con retraso, y antes que me molieran el trigo y estuviera yo de vuelta, la noche se me echaba encima.

El camino era extremadamente solitario y á menudo atravesaba bosques espesísimos. Yo tenía mucho miedo porque se decía que los bosques estaban llenos de soldados desertores y me habían contado que la primera cosa que hacía un desertor, con un niño negro, al encontrarle á solas, era cortarle las orejas. Además cuando volvía tarde á casa sabía yo que me esperaban una fuerte reprimenda ó una paliza.

Como esclavo que era no recibí entonces ninguna instrucción, aunque recuerdo haber llegado muchas veces hasta la misma puerta de la escuela, con una de mis amas jovencitas, para llevarle sus libros. La vista de aquellas docenas de niños y niñas, encerrados en la clase y embebidos en el estudio, me causó una impresión profundísima y en mi interior sentía que entrar en una

escuela para estudiar en ella con aquel reposo, equivaldría poco más ó menos á entrar en el Paraíso.

La primera vez que me di cuenta del hecho de mi esclavitud y de que se discutía la libertad de los esclavos, fué una mañana, muy temprano, al despertarme mi madre que, inclinada sobre sus hijos, dirigía al cielo una ardiente plegaria para que Lincoln y sus ejércitos lo-gradasen la victoria y un día ella y sus criaturas fueran libres. Jamás he podido comprender, cómo, por aquel entonces, en todo el Sud, los esclavos, absolutamente ignorantes casi todos, en materia de libros y periódicos, pudieran, tan perfecta y exactamente, estar al tanto de las grandes cuestiones nacionales que agitaban al país.

Desde la época en que Garrison, Lovejoy y otros habían comenzado su campaña en favor de la libertad, los esclavos siguieron muy de cerca los avances del movimiento. Yo no era más que un niño durante el período preliminar de la guerra y durante el curso de la guerra misma; pero ahora recuerdo las numerosas confidencias musitadas tarde, á alta noche, entre mi madre y otras esclavas de la plantación. Estas confidencias y discusiones demostraban que los esclavos comprendían la situación y se hacían tener al corriente de la marcha de los acontecimientos por lo que llamaban «el telégrafo de la viña (1)

Durante la campaña en que Lincoln fué candidato á la Presidencia por primera vez, los esclavos de nuestra plantación, situada á muchas millas de toda línea férrea, de toda gran ciudad ó periódico diario, conocían punto por punto las grandes cuestiones que se debatían. En los comienzos de la guerra entre el Sud y el Norte,

(1) *Grape vine telegraph*, frase popular que se refiere á la transmisión de las noticias por el rumor público.—(N. del T.).

ni un solo esclavo ignoraba en nuestra plantación que, aunque hubiera de por medio muchos intereses, la esclavitud figuraba antes que todos. Hasta los individuos más ignorantes de mi raza, en las más apartadas plantaciones, sentían en el fondo de sí mismos, con una certidumbre inequívoca, que la libertad de los esclavos sería el resultado supremo de la guerra, si las armas del Norte llegaban á triunfar. Cada éxito de los ejércitos federales y cada derrota de los confederados se seguían con el más profundo interés. Con frecuencia los esclavos conocían el resultado de las grandes batallas antes que los blancos. Generalmente estas noticias las recogía el negro á quien enviaban á la Casa-correos, en busca de las cartas. En nuestro caso particular, el correo estaba á unas tres millas de la plantación y el ambulante de correos venía una ó dos veces por semana. Este ambulante, que era un negro, tenía la costumbre de rondar largo rato en torno de la Casa-correo para sorprender lo esencial de las conversaciones de los blancos, que, naturalmente se agrupaban allí para discutir las noticias que les llegaban con las cartas. Y cuando regresaba de la habitación de nuestro dueño común, el ambulante esparcía las noticias recogidas de este modo, entre los esclavos, que se enteraban de los sucesos importantes antes que los blancos de la «Casa grande» como llamábamos á la habitación de nuestro dueño.

No puedo recordar que una vez siquiera, durante mi niñez ó mi adolescencia, nuestra familia se sentara reunida delante de una mesa, hiciera sus rezos y comiera de un modo civilizado. En la plantación, los niños se procuraban el sustento aproximadamente como los animales. Un trozo de pan aquí, un trozo de carne allá; ahora una taza de leche, ahora unas pocas patatas... Algunas veces, ciertos miembros de la familia comían en el

mismo puchero, mientras otros tenían un plato de hojalata colocado sobre sus rodillas, y no se servían, ordinariamente, más que de sus manos. Cuando tuve edad para ello me hicieron ir á la «Casa grande» á las horas de comer, para que, mientras mis amos comían, espantara las moscas moviendo un abano, colgado sobre la mesa. No es necesario decir que la conversación de los blancos versaba principalmente sobre el tema de la libertad y de la guerra. Yo no perdía palabra. Estoy viendo todavía á una de mis amas jovencitas y á varias amigas que la visitaban, comiendo bizcochos, en el patio de la Casa. En aquella época los bizcochos eran mi más ardiente deseo, en materia de dulces; así es que, en el momento aquel, me parecía que si alguna vez conquistaba mi libertad, mis votos se colmarían por completo, cuando pudiera proporcionarme algunos bizcochos y comerlos con tanto gusto como mis señoritas. A medida que se prolongaba la guerra, los blancos se veían con más dificultades para proporcionarse víveres. Estoy convencido de que los esclavos no sufríamos, en la privación, tanto como los blancos, porque nuestro régimen ordinario se componía de pan de centeno y carne de cerdo, alimentos que nos proporcionaba la misma plantación; mientras que los amos necesitaban café, té, azúcar y otros requisitos que no podían cultivarse y que los azares de la guerra hacían de difícil adquisición. Con frecuencia tenían los blancos grandes apuros. Tomaban granos de trigo tostados, en lugar de café y una especie de miel negruzca hacía las veces de azúcar. De ordinario no se azucaraba nada aquel pretendido, café ó té.

Recuerdo que las primeras botas que hube de calzarme eran de madera. Estaban cubiertas de un cuero burdo; pero la plantilla y los talones eran de madera y de

un grueso de media pulgada. Cuando andaba movían un ruido infernal y además eran muy incómodas porque el pie no podía colocarse holgadamente en ellas. Aquel calzado comunicaba á toda la persona un aire de increíble torpeza. Pero la prueba más dura que tuve que soportar como esclavo, fué la de llevar una camisa de lienzo. En la parte de la Virginia donde me encontraba, se empleaba el lienzo más grosero para vestir á los esclavos. Yo no puedo concebir una tortura comparable á la que causa el estrenar una camisa de esas, si no es la producida por la extracción de una muela. Es algo como los arañazos de una docena de puntas de castaña ó de un centenar de alfileres en contacto con la piel. Todavía hoy logro reproducirme netamente el martirio que me originaba echarme encima aquella vestimenta. Por desdicha mía, tenía la piel demasiado dulce y demasiado sensible. No me dejaban escoger. Era necesario llevar aquella camisa ó ir desnudo. Yo habría preferido no llevar nada.

A propósito de esta camisa, mi hermano Juan realizó uno de los actos más generosos que un esclavo haya realizado por otro. En distintas ocasiones, cuando me veía obligado á estrenar una camisa, mi hermano se ofrecía á llevarla en mi lugar, durante algunos días, hasta que perdiera toda rasposidad. Mientras duró mi infancia esta camisa fué mi único vestido.

Por lo que al comienzo he relatado podrá imaginarse, tal vez, que existía un fondo de animosidad en mi raza contra los blancos, ya que la mayoría de estos combatían en una guerra que debía tener por resultado la esclavitud de los negros, si triunfaba el Sud.

Para los esclavos de mi plantación no era esto verdad y tampoco lo era para la gran masa de la población

esclava del Sud; para ningún sitio donde se tratara á los negros nada más que medianamente. Durante la guerra civil fué muerto uno de los hijos de mis amos y otros dos fueron gravemente heridos. Recuerdo el sentimiento de tristeza que reinaba entre los esclavos, cuando supieron que el «señorito Billy» había muerto. No era un dolor fingido: era real.

Algunos de los esclavos habían cuidado del «señorito Billy» cuando era niño; otros habían jugado con él. El «señorito Billy» había intercedido por muchos de ellos cuando el intendente ó el amo les azotaban. El dolor del barrio esclavo no le cedía en nada al de la «Casa Grande.» Cuando los otros dos señoritos, regresaron heridos, la simpatía de los esclavos se manifestó de muchas maneras. Demostraron tanta solicitud como los parientes para ayudar á cuidar á los enfermos. Los hubo que solicitaron velar por la noche á sus jóvenes señores. Esta ternura y este afecto por parte de aquellos que gemían bajo el yugo de la esclavitud provenían de la bondad y generosidad de su naturaleza. Cuando los blancos estaban en la guerra, los esclavos habrían dado su vida por defender y proteger á las mujeres y á los niños de la plantación. El esclavo designado para pasar la noche en la «Casa Grande», en ausencia de los dueños, era llamado á un «sitio de honor». El que hubiera pretendido tocar á la señora de la casa, joven ó vieja, habría tenido que pasar antes por encima de un cadáver. No sé si alguien lo habrá notado, pero creo que se reconocerá la justicia que me ampara cuando afirmo que son rarísimos los casos de hombres de mi raza, esclavos ó libres, que hayan hecho traición á la confianza depositada en ellos.

Puede afirmarse que, en general, antes y durante la guerra, los individuos de mi raza no abrigaban senti-

mientos de antipatía contra la raza blanca; y existen numerosos ejemplos de negros que han continuado sirviendo á sus amos, caídos por un motivo ú otro en la indigencia. Yo conozco el caso de algunos antiguos propietarios que lograron escapar á la miseria, gracias al dinero, que, durante largos años, les enviaron sus esclavos. Conozco otros antiguos esclavos que han contribuído á los gastos de educación de los descendientes de sus amos. Se da, por ejemplo, el caso de un joven blanco, hijo de un antiguo propietario, á quien el vicio de la bebida reduce á tal extremo de embrutecimiento y de miseria, que da grima: pues á pesar de la indigencia de los negros en aquella plantación, ellos le procuran, desde hace algunos años, todo lo necesario para poder vivir. Uno le manda el café; otro el azúcar; el de más allá un trozo de carne y así sucesivamente. Nada de lo que poseen les parece bastante bueno para el hijo del «anciano señor Tom,» que no padecerá jamás, mientras quede en aquellos lugares alguno de los que conocieron, poco ó mucho, al señor Tom.

He dicho que se citaban pocos casos en que un hombre de mi raza haya hecho traición á la confianza depositada en él. No hace mucho tiempo, en una villa del estado de Ohío, encontré á un antiguo esclavo que, antes de proclamarse la abolición de la esclavitud, se había comprometido á pagar á su dueño, durante un tiempo dado, una suma determinada al año, y mientras tanto quedaba en libertad de trabajar como quisiera y por quien quisiera. Creyendo que en Ohío se daban los mejores salarios, allí se dirigió. Cuando la libertad fué concedida á los esclavos como un derecho, debía todavía unos trescientos dollars á su dueño. De hecho, estaba absuelto de toda obligación para con él. Sin embargo, este negro hizo á pie el camino hasta Virginia, donde

vivía su amo, para entregarle, en propia mano, hasta el último dollar, comprendidos los intereses que debía todavía.

Al contármelo no me ocultaba que se sabía perfectamente dispensado de pagar su deuda; pero habiendo empeñado su palabra, quería mantenerla, porque nunca faltó á ella. No le parecía posible disfrutar de la libertad hasta haber cumplido su promesa.

Tal vez podría inferirse de algunas cosas aquí contadas que los esclavos no deseaban la abolición: esto no es exacto. No he visto nunca á uno solo que no deseara ser libre ó que quisiera volver á la esclavitud.

Con toda mi alma compadezco á la nación ó á cualquier grupo de individuos bastante desdichados para dejarse atrapar por la zarpa de la esclavitud. Pero hace ya mucho tiempo que he dejado de abrigar sentimientos rencorosos contra los blancos del Sud que nos mantuvieron en la servidumbre. No es justo hacer á una región más responsable que á otra del hecho de la esclavitud que fué reconocido y patrocinado por el gobierno federal durante muchos años. Formando ya, como formaba, parte de la vida económica y social de la República no era cosa fácil para el país deshacerse de una tal institución. Por otra parte, cuando, desembarazándonos de todo prejuicio y de toda parcialidad de raza, contemplamos los hechos cara á cara, nos es forzoso reconocer que, apesar de la crueldad y la injusticia del régimen, los diez millones de negros educados en la escuela de la esclavitud americana, están en mejores condiciones, desde el punto de vista material, intelectual, moral y religioso, que los negros de cualquiera otra parte del globo. Y esto es de tal modo verdadero que los negros de este país, pasados por el período de la esclavitud, vuelven constantemente á Africa como misioneros

para instruir y educar á los que permanecen en la patria antigua.

No digo todo esto para justificar la esclavitud, no: fué una institución implantada, como todos sabemos, en América con miras comerciales y egoístas más que humanitarias y maldigo de ella. Pero he querido hacer notar que la Providencia se sirve de los hombres y de las instituciones para que se cumplan sus designios. A los que me preguntan cómo puedo tener confianza en el porvenir de mi raza en este país, dadas las condiciones aparentemente desesperadas, porque atravesamos á veces, les recuerdo las vicisitudes á que nos ha sometido y de que nos ha sacado siempre con bien la Providencia.

Desde que tengo la necesaria madurez para pensar en estas cosas, he creído siempre que á pesar de los crueles martirios que le torturaron, el negro sacó tanto provecho como el blanco de la esclavitud. A la verdad, no eran los negros los únicos en experimentar las funestas consecuencias del régimen. Esto podía comprobarse claramente en nuestra plantación. Todo el sistema de la esclavitud estaba concebido de tal suerte que el trabajo, por regla general, se consideraba como un signo de degradación y de inferioridad. En consecuencia las dos razas reunidas en una plantación trataban de esquivarlo. En nuestra región el sistema de la esclavitud ha contribuído á que desaparecieran en la raza blanca, la confianza en sí misma y el espíritu de empresa. El que fué mi propietario tenía muchos hijos y algunas hijas: pero, que yo sepa, ninguno ha sabido nunca adoptar una profesión ó montar una industria productiva. Las hijas no aprendían ni á coser, ni á cocinar, ni á gobernar una casa. Los esclavos estaban encargados de estas ocupaciones; pero no tenían un interés personal en la plantación y su ignorancia les incapacitaba para acabar

ninguna faena de un modo serio y cuidadoso. Como consecuencia, las empalizadas se demolían, las puertas de los corrales salíanse de sus goznes, las de las casas chirriaban, los cristales se rompían, el yeso saltaba de las paredes sin que se le reemplazara, y el patio se llenaba de mala yerba.

De ordinario había una comida especial para los negros y otra para los blancos. Sin embargo, en la mesa de los señores faltaban aquella delicadeza y aquella perfección en los detalles que hacen de la *home* el más confortable, el más grato y el más atractivo de los sitios de reposo. Por otra parte había en los alimentos y otros artículos *filtraciones* que minaban las fortunas. Cuando se proclamó la libertad, el esclavo estaba tan bien preparado como su amo para comenzar un nuevo género de vida, salvo en lo referente á la instrucción y al ejercicio de la propiedad. Pero el propietario de esclavos y sus hijos no habían aprendido ninguna profesión. Inconscientemente se habían penetrado del sentimiento de que el trabajo manual no estaba hecho para ellos. En cambio los esclavos habían aprendido algún oficio; no se avergonzaban de trabajar y muy pocos se negaron á ello.

Por fin se terminó la guerra y llegó el día de la libertad. Fué un día memorable y lleno de incidentes. Lo habíamos esperado largo tiempo. La libertad iba á ser una realidad; desde hacía algunos meses, todos los días veíamos soldados desertores que regresaban á sus casas. Otros, dados de alta ó cuyos regimientos habían sido licenciados bajo palabra, pasaban constantemente por delante de nosotros. «El telégrafo de la viña» funcionaba activamente día y noche. Las noticias y rumores de los grandes acontecimientos iban pasando rápidamente de una en otra plantación. Temiendo una probable inva-

sión de los yankees, la plata y otros objetos de valor se sacaron de la «Casa grande», se clavaron en grandes cajas de madera y se confiaron á la custodia de los esclavos de confianza. ¡Desdichado de aquel que hubiera intentado tocar al tesoro custodiado! Los esclavos estaban dispuestos á darles á los soldados yankees cualquier cosa, comida, bebida, trajes, todo, excepto lo que había sido confiado á su custodia.

A medida que el gran día se acercaba, las canciones eran más frecuentes que de ordinario en el barrio negro. Eran más atrevidas, más bravas y duraban hasta altas horas de la noche. La mayor parte de los versos de estos cantos de la plantación contenían alusiones á la libertad. Verdad es que estos himnos no eran nuevos; pero hasta entonces habíanlos cantado cuidando de explicar que la libertad á que aspiraban se refería á la otra vida y nada tenía que ver con este mundo. Ahora se quitaban la máscara y no les atemorizaba dar á entender que la «libertad», en sus cantos, significaba la del negro aquí, en la tierra. Durante la noche que precedió al gran día se participó á los barrios de esclavos que un acontecimiento extraordinario iba á tener lugar, al otro día, en la «Casa grande.» Puede decirse que nadie durmió aquella noche: la espectación era general. Por la mañana, muy temprano, se dió á todos los esclavos orden de que se reunieran en la Casa. Yo me dirigí, por consiguiente, en compañía de mi madre, de mi hermano y de mi hermana y de un gran número de esclavos á la habitación de nuestro dueño.

Toda la familia de éste estaba reunida en la galería de la casa, los unos sentados y los otros en pié, dispuestos á hacerse cargo de lo que iba á pasar y de lo que iba á decirse. Había en los semblantes una expresión de interés sincero: de tristeza, tal vez, pero no de amargura.

Al recordar ahora la impresión que me produjeron, me parece que no estaban tristes por perder su propiedad, sino tristes por verse obligados á separarse de aquellos á quienes habían mantenido y á los que estaban unidos por tantos vínculos.

Lo que más netamente recuerdo, en relación con este acontecimiento, es á un señor extranjero (probablemente un funcionario de los Estados Unidos), que hizo una pequeña alocución y leyó un largo documento; el acta de la proclamación, seguramente. Terminada la lectura del acta, se nos dijo que éramos libres y que teníamos el derecho de irnos cuando y donde quisiéramos. Mi madre, que estaba á mi lado, se inclinó sobre sus hijos y los abrazó mientras que lágrimas de gozo le corrían por la cara. Ella nos lo explicó entonces todo, diciéndonos que este era el día por el que había rezado tantas veces, temiendo que no llegara antes de su muerte.

En los primeros momentos hubo alegrías locas, acciones de gracias y frenéticos transportes de entusiasmo. No había en todo esto asomo alguno de animosidad. Al contrario: los esclavos estaban conmovidos de piedad por sus antiguos dueños.

La alegría loca de los negros emancipados no duró más que un momento; porque yo pude observar que al regresar á sus chozas ya era manifiesto un cambio en su actitud. La responsabilidad que la libertad lleva en sí misma, el tenerse que arreglar en adelante solos con sus hijos, parecía preocuparles hondamente. Su caso era el de un niño de diez á once años al que se echa repentinamente al mundo, obligándole á que se baste á sí mismo. Algunas horas habían sido suficientes para colocarles frente á frente á los problemas que la raza anglo sajona había empleado siglos en resolver: el problema de encontrarse un domicilio, de escoger una pro-

fesión, de dar una educación á sus hijos; el cumplimiento de los deberes sociales y la necesidad de fundar una Iglesia y mantenerla.

No era nada sorprendente que, en el espacio de unas horas, se aquietaran los gritos de alegría, para dar lugar á un sentimiento de profundo abatimiento en las chozas de los esclavos. Ahora que la habían conquistado, la libertad les parecía á muchos de ellos una cosa más grave de lo que hasta entonces habían creído.

Había negros que contaban setenta y ochenta años. Ya no tenían las fuerzas necesarias para crearse una posición, en algún lugar desconocido, y con dueños desconocidos, dando por hecho que les fuera fácil hallar un nuevo domicilio. Para éstos, la cuestión de la libertad ofrecía dificultades positivas. Además, había, en el fondo de su corazón un extraño sentimiento de fidelidad al «viejo señor» á la «vieja señora» y á sus hijos, contra el cual eran impotentes para defenderse. Habían pasado con ellos la mitad de un siglo y no era cosa de poca monta pensar seriamente en la separación. De ahí que se viese á muchos esclavos viejos, salir uno á uno de sus viviendas, y dirigirse á hurtadillas á la «Casa-Grande» para tener con el que hasta entonces había sido su dueño, secretas entrevistas, en las que había de quedar fijado su porvenir.